

LAPALABRA

YELHOMBRE • REVISTA DE LA UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Karla Carreón

lechatcarreon@gmail.com

Universidad Veracruzana

***Porque la lucha por un hijo no termina...:
Testimonios de las madres del Colectivo
Familias de Desaparecidos Orizaba-
Córdoba, de Celia del Palacio (ed.)***

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana

Número 57-58, julio-diciembre 2021, pp. 99-100.

ISSN:01855727

Xalapa, Veracruz, México



La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Lic. Benigno de Nogueira Iriarte Núm. 7, Col. Centro, C.P. 91 000
Xalapa, Veracruz, México
Tel. 8 42 17 00 / ext. 17 820

ENTRE LIBROS

Nombrar la nada: Colectivo Familias de Desaparecidos

Karla Carreón



Celia del Palacio (ed.), *Porque la lucha por un hijo no termina...: Testimonios de las madres del Colectivo Familias de Desaparecidos Orizaba-Córdoba*, fotografías de Daniel GM, Xalapa, uv, 2020, 304 pp.

“¿De qué otra cosa podríamos hablar?”, sentenciaba en 2009 la artista plástica Teresa Margolles en la 53ª Bienal de Venecia. Su obra, así como otros productos culturales que acercaban al narco y su miasma hacia una estética narrativa de la violencia prevalente en México, habían sido duramente criticados por recrudescer la imagen nacional en el extranjero. Es cierto, me atrevo a decir que a veces el estudio de las variables de la violencia parece haber sido agotado y replicado *ad nauseam* como motivo literario, como objeto de consumo, como *marketing* para las casas editoriales.

Los testimonios de las madres de desaparecidos son un recurso valiosísimo para encarar el miedo y el silencio que aún prevalecen entre las líneas del aparato académico.

Sin embargo, también es verdad que dichos discursos representan más que una retórica pormenorizada que persiste fuera del género *mainstream* de la narco literatura, un cuestionamiento legítimo con respecto a la descomposición del espacio político-social en que vivimos. Por tanto, en una década distinta, pero cargada de preocupaciones similares, la cuestión de Margolles sigue teniendo vigencia y, para fines de la presente reseña, me doy a la tarea de reproducirla; ¿de qué otra cosa podríamos narrar?

De aquellos a quienes buscamos, de su ausencia, responderían tal vez las madres del Colectivo Familias de Desaparecidos Orizaba-Córdoba. Ya sea para desvanecer esa cotidianidad vinculada al silencio cooptado por las instituciones, o bien, para paliar la soledad a través de la certeza del pasado vivido. Sea como fuere, la memoria, como señala Joël Candau, es el mecanismo ideal para sobrellevar “la crisis de las certezas presentes”, que es el desdibujamiento de las referencias y la dilución de las identidades. Candau añade que “la exploración de la memoria es considerada como una respuesta a esos padecimientos e inseguridades” (2001, 9-10), es decir, agrega Kletnicki, “poner nombre a la nada” (2001, 22). En este sentido, los testimonios de las madres de desaparecidos son un

recurso valiosísimo para encarar el miedo y el silencio que aún prevalecen entre las líneas del aparato académico con respecto al tema de la violencia en México.

Celia del Palacio Montiel, Premio Nacional de Periodismo 2010, es también una figura indispensable para señalar los puntos que se entretrejen en la cartografía de la crueldad, particularmente en la entidad veracruzana. Ya en 2015, Del Palacio reconocía los vínculos entre el Estado y la censura mediática al coordinar *Violencia y periodismo regional en México*, labor que continuaría en 2018 con títulos como *Callar o morir en Veracruz*, *Violencia y medios de comunicación en el sexenio de Javier Duarte (2010-2016)*, y *Testigo de la violencia: Memoria gráfica del Veracruz contemporáneo*. Su última publicación, “*Porque la lucha por un hijo no termina...*”. *Testimonios de las madres del Colectivo Familias de Desaparecidos Orizaba-Córdoba* (2020), da continuidad a dicha pesquisa sobre censura y desaparición forzada en la entidad. El texto alberga tonalidades narrativas que remueven cualquier rastro de sosiego del lector, y asimismo, mediante el testimonio de las madres se humaniza una ausencia rara vez nombrada. Por tanto, al leerlos hallamos los resultados de una investigación de campo, y también una auténtica producción literaria.

El libro conjuga una variedad de temas universales, como la memoria, el tiempo, la pérdida y la ausencia, mismos que evocan demandas puntuales y urgentes hacia un aparato nada conciliador, en el cual participan tanto la sociedad civil como el Estado. Aquello que cohesionan este crisol es la experiencia personal, íntima; las madres develan, por medio de su voz, la soledad y la esperanza que se muestra incluso en sus sueños. Así lo relata Laura Mora, madre de Marco Julio: “A veces, cuando

estoy soñando con ellos, quisiera no despertar, seguir ahí, porque es donde los veo, donde puedo platicar con ellos, que me digan dónde están, qué les pasó” (109).

En su búsqueda, el Colectivo remueve la tierra y agita las inamovibles aguas institucionales convenidas para “resolver” sus casos. Sin embargo, la mayoría de los testimonios convergen en que tanto organismos sociales como estatales tienen nula capacidad de ampararles. Ana Lilia Jiménez, madre de Yael Zuriel, narra su experiencia con algunos psicólogos:

Cuando empecé mis terapias en el IMSS, a la tercera sesión me dijo la psicóloga: “Hazte a la idea de que tu hijo está muerto”. Yo le decía que los recuerdos son terribles al ver la habitación de mi hijo, recordarlo, ver sus cosas. Entonces me decía: “Quita todo, guárdalo, quémalo, para que cierres tu ciclo. Las cosas, la ropa no son el recuerdo de tu hijo, son objetos”. Yo no entendía que me dijeran eso. ¿Por qué voy a hacer a mi hijo muerto si no lo tengo? Si me dijeran: “Aquí está su cuerpo, sus restos, ahora sí ve y entiérralos, según tu costumbre, tu cultura”, entonces sí. Pero me dicen: “Espera al otro mes”. No regresé (87).

La resiliencia llega a través del acompañamiento, de la empatía y la hermandad encontradas dentro del colectivo. Asimismo, el acto de narrar resulta ser un oasis incidental, que tranquiliza y difumina la angustia de las madres, por lo menos durante el acto en que se hilvanan las palabras. Al nombrar, se existe:

Fue un desafío para mí, lo es día a día platicar esta pesadilla. Sin embargo, me sirve de mucho ejercitar mi memoria y no olvidar ningún detalle sobre la

desaparición de mi hijo Ángel Josué Avelino Conde, reconstruir cada segundo, algo que me ayude a encontrarlo. Miles de veces me pregunto por qué a mi hijo lo desaparecieron, ¿por qué, si los problemas son conmigo? Pensé que, al platicarlo, quien me escuchó no sentiría mi dolor, pero no fue así: me sentí en confianza para contar y sentir que fui escuchada con interés. Muy pocos escritores lo tienen en este tema. (61).

“Uno no es de ninguna parte mientras no tenga un muerto bajo tierra”, aseveraba José Arcadio Buendía en *Cien años de soledad*. Ciertamente es que la incógnita, la indeterminación, el “ser desaparecido” consolidan una condición más dolorosa que el propio término de la vida. No solo para aquel que ha perdido su nombre y a quien se ha bautizado eufemísticamente como desaparecido, sino para quienes, día a día, narran desde la memoria con el fin de regresar este adjetivo a su origen y recuperar sus nombres. Entonces, es posible entender que no se narra solo por una verdad histórica, como un discurso conmemorativo: se narran hijos, nietos, hermanos y madres. **LPyH**

REFERENCIAS

- Candau, Joël. 2001. *Memoria e identidad*. Buenos Aires: Del Sol.
- Kletnicki, Armando. 2010. “La ficción de la memoria. Un testimonio sobre la ausencia”. *Aesthetika. Revista Internacional sobre Subjetividad, Política y Arte* 6 (1): 20-29. <https://www.aesthetika.org/IMG/pdf/Kletnickiv3n1.pdf>

Karla Carreón es maestra en Literatura Mexicana por la UV. Autora de *Momoto* y coautora de *Cosecha de Letras y Manú*.

Ecos de una ola implacable

Cassandra Gómez



Gabriela Jáuregui (coord.), *Tsunami 2*, México, UAM Cuajimalpa/Sexto Piso, 2020, 240 pp.

“¿Qué es ser mujer?": una pregunta que todas, al menos una vez en nuestra vida, nos hemos hecho. ¿Significa acaso cumplir con los estándares de cuerpos hegemónicos que vemos a diario en el *feed* de Instagram? ¿Por qué muchas sentimos que el feminismo de redes sociales y campañas publicitarias no nos representa? ¿Podemos hablar de solo un feminismo o es que cada una necesita encontrar su propia lucha?

Durante años, creí (erróneamente) que un tsunami era una ola gigante que se levantaba por sí misma para arrasarse con todo. Tardé mucho tiempo en enterarme de que esa “gran ola” era producto de un conjunto de más olas. Olas que se necesitan unas a otras para alzarse y reclamar su lugar en la naturaleza. Tardé también en percatarme de que no todas las mujeres éramos iguales: nuestra lucha estaba sesgada por diversas condicionantes, como son el género, la identidad, lo económico, el contexto, lo social y el pasado. En ese sentido, nos parecemos a un tsunami: somos una serie de olas